

verdadera. Pero no hay que olvidar que nuestra inteligencia, que es la que nota la existencia de este orden y que lo admira, está dirigida en el sentido del movimiento que tiene por término la materialidad y la espacialidad de su objeto, y que cuanto más complicación pone en ese objeto, al analizarlo después, más complicado es el orden que en él encuentra, orden y complicación que tienen que hacerle el efecto de una realidad positiva, ya que es del mismo sentido que la inteligencia.

Cuando un poeta me lee sus versos, cabe que me interese bastante como para penetrar en su pensamiento, ingerirme en sus sentimientos y volver á vivir el estado simple que ha desparrramado en frases y palabras; en tal caso, simpatizo con su inspiración y la sigo con un continuo movimiento que es un acto indiviso mío, como la inspiración es un acto indiviso suyo. Pero bastará con que afloje la atención y dilate lo que en mí había de tenso, para que los sonidos que hasta entonces estaban como sumergidos en el sentido de la poesía, se me presenten con distinción, uno á uno, en su materialidad; para esto no tengo que añadir nada y sí quitar. A medida que me "deje ir," los sonidos sucesivos se individualizarán más; como las frases se descompusieron en palabras, las palabras se detallarán en sílabas que se harán patentes una á una; vayamos más lejos (siempre en el sentido del ensueño) y llegaremos á distinguir letras que veré desfilar, entrelazadas, en una

imaginaria hoja de papel. Con todo lo cual admiraré la precisión de los trazos de unión, el maravilloso orden del desfile, la exacta inserción de las letras en las sílabas, de éstas en las palabras y de éstas en las frases; cuanto más haya avanzado en el sentido (negativo) de aquel aflojar del espíritu, más extensión y complicación habré creado; y cuanto más la complicación crezca, más admirable me parecerá el orden que, inalterable, notaré que reina entre los distintos elementos. Sin embargo, la complicación y la extensión no tendrán nada de positivo; por el contrario, expresarán deficiencias de la voluntad. Por otra parte, es natural que el orden crezca con la complicación, puesto que no es más que uno de sus aspectos; cuantas más partes se perciben simbólicamente en un todo indivisible, más tiene que aumentar el número de relaciones que las partes mantienen, ya que idéntica indivisión del todo real continúa cerniéndose sobre la creciente multiplicidad de elementos simbólicos en que el desparramarse de la atención la ha descompuesto.

Una comparación como la que acabamos de poner, permite, en cierta medida, comprender cómo la supresión de realidad positiva y la inversión de determinado movimiento original pueden crear la extensión en el espacio á la vez que el orden admirable que en ella encuentra nuestra matemática. Hay indudablemente una diferencia entre los dos casos, y es que pala-

bras y letras han sido inventadas por un esfuerzo positivo de la humanidad, mientras que el espacio surge automáticamente, como desde que se plantean dos términos de una sustracción, surge el resto (1). Pero en los dos casos, la infinita complicación de partes, á la vez que su perfecta coordinación, han sido creadas por una inversión que en el fondo es una interrup-

(1) Nuestra comparación es sólo el desarrollo del término *λόγος*, tal como lo entiende Plotino. Porque, por una parte, el *λόγος* de este filósofo es una potencia generatriz é informadora, aspecto ó fragmento de la *ψογή*, y por otra parte, Plotino habla de ella como de un discurso. Dicho de un modo más general, la relación que establecemos en este capítulo entre la extensión y la distensión, se asemeja por ciertos lados á la que supone Plotino (en cuyos desarrollos no se ha inspirado M. Ravaisson) cuando hace de la extensión, no ciertamente una inversión del Ser original, sino un debilitarse de su esencia, una de las últimas etapas de la «procesión». (Véase en particular Enn IV-III, 9-II y III-VI, 17-18.) Sin embargo, la filosofía antigua no supo ver las consecuencias que de ahí se sacaban para las matemáticas, porque Plotino, al igual de Platón, erigió á las esencias matemáticas en realidades absolutas; sobre todo se dejó engañar por la analogía (que es exterior) de duración y extensión; trató á aquella como había tratado á ésta, considerando el cambio como una degradación de la inmutabilidad y lo sensible como una caída de lo inteligible. De ahí, como veremos en el próximo capítulo, una filosofía que desconoce la función y el alcance reales de la inteligencia.

ción, es decir, una disminución de realidad positiva.

Todas las operaciones de nuestra inteligencia tienden á la geometría como á un límite en que encuentran su perfecta terminación. Pero cómo la geometría es necesariamente anterior á ellas (ya que éstas nunca llegarán á reconstituir el espacio y no pueden hacer otra cosa que planteárselo) es evidente que hay una geometría latente, inmanente á nuestra representación del espacio, que es el gran resorte de nuestra inteligencia y la pone en marcha. Fácil es demostrarlo, considerando las dos funciones esenciales de la inteligencia, la facultad de deducir y la de inducir. Empecemos por la deducción.

Geometría y deducción.

El movimiento por el cual trazo una figura en el espacio, engendra sus propiedades, que son visibles y tangibles en el movimiento mismo; en el espacio siento y vivo la relación de la definición con sus consecuencias, de las premisas con la conclusión: todos los demás conceptos, cuya idea la experiencia me sugiere, sólo son reconstituibles *à priori* en parte, y por esto su definición será imperfecta y las deducciones en que entren estos conceptos participarán de esta imperfección. Pero cuando dibujo grosera-

mente en la arena la base de un triángulo y empiezo á trazar sobre ésta los dos ángulos, sé de un modo cierto y comprendo de un modo absoluto que si los dos ángulos son iguales, los lados también lo serán, y que la figura podrá girar sobre sí misma sin que nada de ella cambie; y esto lo sé antes de haber aprendido geometría. De modo que anterior á la geometría sabia hay una geometría natural, que en claridad y evidencia es superior á todas las demás deducciones, que tienen por objeto cualidades y no magnitudes. Estas otras deducciones fórmanse indudablemente sobre el modelo de las geométricas, y seguramente arranca su fuerza de que al través de la cualidad vemos transparentarse confusamente la cantidad, la magnitud. Por esto las cuestiones de situación y de magnitud son las primeras que se plantean á nuestra actividad, las que la inteligencia, exteriorizada en acción, resuelve, aun antes de aparecer la inteligencia reflexiva: el salvaje sabe mejor que el civilizado medir distancias, determinar direcciones, trazar de memoria el esquema, á veces complicado, del camino que ha recorrido y volver en línea recta al punto de partida (1). Si el animal no deduce explícitamente, si no forma conceptos explícitamente, tampoco se representa un espacio homogé-

(1) Bastián: «Le Cerveau.» París, 1882, vol. I. páginas 166-170.

neo. Este espacio no puede plantearse nadie sin introducir una geometría virtual que por sí sola se degradará en lógica. Toda la repugnancia de los filósofos á mirar las cosas desde este punto de vista proviene de que á sus ojos el trabajo lógico de la inteligencia representa un esfuerzo positivo del espíritu. Pero si por espiritualidad se entiende un marchar constante hacia creaciones siempre nuevas y conclusiones inconmensurables con las premisas é indeterminables á su respecto, cuando se halle una representación que se mueve entre relaciones de determinación necesaria y al través de premisas que de antemano contienen su conclusión, habrá que decir que sigue la dirección inversa (á la espiritualidad): la de la materialidad. Lo que desde el punto de vista de la inteligencia aparece como un esfuerzo será en realidad un abandono. En tanto que desde el mismo punto de vista hay una petición de principio en hacer salir automáticamente del espacio á la geometría y de ésta á la lógica, por el contrario, si el espacio es el último término de aquel aflojarse del espíritu, no puede plantearse el espacio sin plantear, igualmente, la lógica y la geometría que están en el trayecto, que tiene por término la pura intuición espacial.

Se ha notado muy poco el escaso alcance de la deducción en las ciencias psicológicas y morales. De una proposición de esta especie, comprobada por los hechos, no pueden sacarse consecuencias comprobables más que hasta

cierto punto y en determinada medida: en seguida hay que recurrir al buen sentido, es decir, á la experiencia continua de lo real para doblegar las consecuencias deducidas y encorvarlas á lo largo de las sinuosidades de la vida. La deducción no triunfa en las cosas morales más que metafóricamente y en la medida exacta en que puede transformarse lo moral en físico, es decir, traducirse en símbolos espaciales, y la metáfora no suele ir más lejos, lo mismo que la curva no se confunde mucho tiempo con la tangente. ¿Cómo no sorprenderse de lo extraño y aun lo paradójal que resulta esta debilidad de la deducción? Tenemos una pura operación del espíritu, que la realiza con sus propias fuerzas; parece que si éstas en algún lado deberían sentirse cómodas y evolucionar á gusto, sería entre las cosas del espíritu y en sus dominios. Y resulta que no es así, y que en seguida se fatigan y se paran.

Por el contrario, en Geometría, en Astronomía, en Física, siempre que se trata de cosas que nos son exteriores, la deducción es poderosísima; necesitaremos de la observación y de la experiencia para establecer el principio, es decir, para descubrir el aspecto desde el cual hay que encarar el asunto (en rigor, con alguna suerte, pudiera habersele encontrado en seguida); pero en cuanto se posee el principio, de él se sacarán todas sus consecuencias hasta muy lejos; luego vendrá la experiencia y las comprobará siempre. Consecuencia innegable:

la deducción es una operación calcada sobre la materia y sus articulaciones móviles, y por tanto, implícitamente dada en el espacio que subtiende la materia. Mientras anda por el espacio ó por el tiempo espacializado, no encuentra obstáculos; éstos surgen desde que interviene la duración.

Geometría é inducción. Si la deducción no adelanta sin una segunda intención de intuición espacial, lo mismo cabe decir de la inducción. No es que sea necesario pensar como geómetra ni pensar de ningún modo para obtener en idénticas condiciones la repetición de un hecho idéntico; la conciencia del animal hace esta labor; fuera de toda conciencia, el mismo cuerpo vivo está hecho para extraer de las situaciones sucesivas en que se encuentre, las semejanzas que le interesan y responder así á las excitaciones con reacciones apropiadas. Pero hay mucha distancia entre esperar y reaccionar maquinalmente el cuerpo y la inducción propiamente dicha, que es una operación intelectual. Esta se basa en la creencia de que hay causas y efectos, y de que idénticos efectos siguen á idénticas causas, profundizando lo cual, se encuentra lo que sigue:

En primer lugar, ello presupone que la realidad es divisible en grupos que prácticamente

pueden ser considerados aislados é independientes. Si pongo agua á hervir en una cacerola colocada sobre un hornillo, la operación y los objetos que requiere son, en realidad, solidarios de una multitud de objetos distintos y de operaciones diversas; de menos á más llegaríamos hasta el sistema solar entero que indudablemente está interesado en lo que se realiza en este punto del espacio. Mas para el fin especial que persigo y en cierta medida, puedo admitir que las cosas suceden *como si* el grupo *agua-cacerola-hornillo* fuese un microcosmos independiente. Esto en primer lugar.

Luego, cuando digo que este microcosmos procederá siempre del mismo modo, y que el calor provocará necesariamente, al cabo de cierto tiempo, la ebullición del agua, admito que si se me da cierto número de elementos del sistema, me bastarán para completarlo, y esto automáticamente, no siendo yo libre de completarlo con el pensamiento como quiera, sino que, dados el hornillo encendido, la cacerola y el agua, junto con cierto intervalo de duración, la ebullición, que es lo que la experiencia me demostró ayer que era lo que le faltaba al sistema para ser completo, lo completaré hoy, mañana, cualquier día, siempre. En el fondo de esta creencia mía, ¿qué hay? Notemos que ella es más ó menos firme, según los casos, y que llega á la certeza absoluta cuando el microcosmos que se considera no contiene más que magnitudes. Si planteo dos números,

no tengo libertad de elegir su diferencia. Si planteo dos lados de un triángulo y su ángulo, surge automáticamente el tercer lado por sí mismo; podré siempre y doquier trazar los dos mismos lados con idéntico ángulo; los nuevos triángulos podrán sobreponerse al primero, es decir, que en cada uno de ellos el tercer lado habrá venido á completar el sistema. Si mi certeza es total cuando razona sobre puras determinaciones espaciales, he de suponer que en los demás casos mi convicción será tanto mayor cuanto más se aproxime á este caso límite. Quizá es el caso límite el que se transparenta al través de los otros (1) y los colora en el grado que la transparencia permite, con matiz en que más ó menos se acusa la necesidad geométrica. Efectivamente; cuando digo que el agua del hornillo hoy hervirá como ayer hirvió, y que esto es de una absoluta necesidad, siento confusamente que mi imaginación transporta el hornillo de hoy al de ayer, y lo mismo la cacerola y el agua y la duración que transcurre, hoy, como ayer transcurrió, y que el resto deberá también coincidir, por la misma razón que hace que coincidan los terceros lados de dos triángulos superpuestos si coinciden los otros dos lados. Pero mi imági-

(1) Hemos desarrollado este punto en «Essai sur les données immédiates de la conscience». Paris 1889, páginas 155-160.

nación procede así, porque cierra los ojos sobre dos puntos esenciales: para sobreponer el sistema de hoy al de ayer, sería necesario que éste hubiese aguardado á aquél, es decir, que el tiempo se hubiese detenido, y que todo se hubiese vuelto simultáneo á todo, lo cual sucede en Geometría, pero sólo en ésta. Es decir, que la inducción presupone: 1.º, que en el mundo del físico, como en el del geómetra, el tiempo no cuenta para nada; y 2.º, que pueden sobreponerse cualidades como sobreponemos magnitudes. Si idealmente transporto el hornillo encendido de hoy sobre el de ayer, indudablemente echo de ver que la forma sigue siendo la misma; basta con que coincidan aristas y superficies; pero, ¿en qué consiste la coincidencia de dos cualidades y cómo superponerlas, único modo de asegurarnos de su identidad? Sin embargo, extendiendo á este segundo orden de realidad (cualidad) todo lo que se aplica al primero.

Las leyes físicas. El físico vendrá más tarde á legitimar esta operación, transformando todo lo que pueda la diferencia de cualidad en diferencia de cantidad; pero antes que la ciencia, yo ya me inclinaba á asimilar las cualidades á las cantidades, como si detrás de éstas percibiese por transparencia

un mecanismo geométrico (1). Cuanto más completa es esta transparencia, por más necesaria tengo la repetición del mismo hecho (dadas las mismas condiciones). A nuestros ojos, la certeza de nuestras inducciones depende de la exacta medida en que logramos fundir las diferencias cualitativas en la homogeneidad del espacio que las subtiende, de modo que la geometría es el límite ideal de nuestras inducciones como el de nuestras deducciones. El movimiento á cuyo término está la espacialidad va dejando á lo largo de su trayectoria, tanto la facultad de inducir como la de deducir, es decir, el conjunto de la intelectualidad.

Las crea en el espíritu y también crea en las cosas aquel orden que luego vuelve á hallar en ellas la inducción ayudada por la deducción. Este orden al cual se adhiere nuestra acción y en el cual nuestra inteligencia se reconoce, nos parece maravilloso; no sólo idénticas grandes causas producen siempre los mismos efectos de conjunto, sino que bajo la causa y los efectos visibles nuestra ciencia descubre una infinidad de cambios infinitesimales que se compenetrán, tanto más cuanto más profundizamos el análisis, de tal modo que nos parece que á poder llegar al término de este análisis, la materia sería la misma geometría. Realmente está en su punto la inteligencia cuando admira

(1) Obra citada, cap. III, *passion*.

el orden creciente en la complejidad creciente; uno y otra tienen para aquélla positiva realidad, ya que tienen el mismo sentido que ella. Pero la cosa cambia de aspecto cuando se contempla el todo de la realidad como indivisa marcha hacia adelante de creaciones que se suceden; se comprende, entonces, que la complicación de elementos materiales y el orden matemático que los liga deben surgir automáticamente, en cuanto en el seno de todo se produzca una interrupción ó una inversión parciales; por otra parte, como la inteligencia se corta en el espíritu por un proceso parecido, resulta que está afinada por el diapason de este orden y de esta complicación y que los admira porque se reconoce en uno y otra.

Pero lo que es admirable *en sí*, lo que debería provocar asombro es la creación, sin cesar renovada, que el todo de la realidad, indiviso, realiza al avanzar, porque ninguna complicación de orden matemático consiguió misma, por sabia que se la suponga, llegará á introducir un átomo de novedad en el mundo, tanto que una vez planteada esta potencia de creación (y que existe lo prueba que tenemos conciencia de ella, por lo menos cuando obramos libremente), bastará con que se distraiga de sí misma para "aflojarse," ó distenderse, y que se distienda para extenderse, para que el orden matemático que preside la disposición de los elementos (entonces distintos como tales) y el determinismo que los liga pongan de manifiesto

la interrupción del acto creador. Por lo demás, orden matemático y determinismo inflexibles, en el fondo, no son más que esta misma interrupción.

Esta tendencia negativa es la que expresan las leyes particulares del mundo físico. Ninguna de ellas, tomada aparte, tiene realidad objetiva, pues cada una de ellas es obra de un sabio que ha contemplado las cosas desde cierto ángulo y ha aislado ciertas variables y ha aplicado ciertas convencionales unidades de medida. Sin embargo, hay un orden aproximadamente matemático inmanente á la materia, orden objetivo al cual la ciencia se va acercando á medida de sus progresos. Porque si la materia es un "aflojar," de lo inextensivo en extensivo (y, por tanto, de la libertad en necesidad), por más que no coincida del todo con el puro espacio homogéneo, ha sido constituida por el movimiento que lleva hacia éste, y está, por tanto, en el camino de la geometría. Lo que sucede es que nunca se le aplicarán completamente leyes de forma matemática; para esto sería necesario que fuera puro espacio y que saliera de la duración.

Nunca se insistirá bastante sobre lo artificial de toda ley física bajo la forma matemática, y, por tanto, de nuestro conocimiento científico de las cosas (1). Nuestras unidades de medida

(1) Aludimos aquí principalmente á los profundos BERGSON.—TOMO II.

son convencionales, y, por decirlo así, extrañas á las intenciones de la naturaleza. ¿Cómo suponer que ésta haya relacionado todas las modalidades del calor con las dilataciones de una masa de mercurio ó con los cambios de presión de una masa de aire mantenida en un volumen constante? Y no es esto todo: de un modo general, medir es operación humana que implica superposición real ó ideal de dos objetos cierto número de veces, y la naturaleza no ha pensado en tal superposición; no mide, y menos cuenta. Sin embargo, la física cuenta, mide, relaciona variaciones cuantitativas y todo ello con buen éxito. Esto sería inexplicable si el movimiento constitutivo de la materialidad no fuese precisamente el mismo que nosotros prolongamos hasta su límite, es decir, hasta el espacio homogéneo, merced á lo cual contamos, medimos y seguimos en sus respectivas variaciones á términos que son función unos de otros. Para efectuar tal prolongación á nuestra inteligencia le basta con prolongarse ella misma, porque, naturalmente, va al espacio y á las matemáticas, por ser de la misma naturaleza y producirse de la misma manera la intelectualidad y la materialidad.

Si el orden matemático fuese cosa positiva

estudios de Mr. Ed. Le Roy, publicados en la «Revue de metaphysique et de morale».

y la materia tuviese leyes inmanentes comparables á las de los códigos, el éxito de nuestra ciencia sería algo milagroso. ¿Cuántas probabilidades tendríamos de encontrar la medida fundamental de la naturaleza, y de aislar (para determinar sus recíprocas relaciones) precisamente las mismas variables que ella hubiese escogido? También el éxito de una ciencia de forma matemática sería incomprensible si la materia no tuviese todo lo necesario para entrar en nuestros cuadros. No queda entonces más que una hipótesis: y es, que el orden matemático no tiene nada de positivo, sino que es la forma á que tiende por sí misma cierta *interrupción* y que la materialidad consiste precisamente en una interrupción de este género. Ya entonces es comprensible que nuestra ciencia sea contingente y relativa á las variables que ha escogido y al orden en que ha planteado sucesivamente los problemas, y que, á pesar de todo, haya tenido buen éxito; en conjunto, hubiese podido ser cosa muy diferente y tenerlo también, porque ningún sistema definido de leyes matemáticas está en la base de la naturaleza, y la matemática en general representa sencillamente el sentido en el cual la materia "cae". Póngase en cualquier forma una muñequita de corcho con pies de plomo, ya de espaldas, ya con la cabeza hacia abajo, ó bien tírese al aire; la muñeca siempre se pondrá de pie automáticamente. Lo mismo pasa con la materia; podemos cogerla por cualquier

punta ó manipularla de cualquier modo; siempre caerá en uno de nuestros cuadros matemáticos, y es que tiene á la geometría por lastre.

La idea de desorden. Quizá el filósofo se niegue á fundar una teoría del conocimiento en consideraciones como las anteriores, porque le parecerá que el orden, matemático, con ser orden, ya debe contener algo positivo. En vano le diremos que es un orden que se produce automáticamente por la interrupción del orden inverso, y que no es otra cosa que esta misma interrupción. Seguirá creyendo que la idea de orden debe subsistir puesto que *podiera no haber habido orden de ninguna clase*, por lo cual el matemático, que es una conquista sobre el desorden, posee realidad positiva.

Analizando esto veríamos el papel capital que desempeña la idea de desorden en todos los problemas relativos á la teoría del conocimiento. No lo parece por no haberse ahondado en ella, y sin embargo toda teoría del conocimiento debería empezar por ahí, porque si el magno problema es saber por qué y cómo la realidad se subordina á un orden, no á otra cosa se debe que á considerar posible ó concebible la carencia de un orden cualquiera. En esta carencia de orden se figuran pensar el

realista cuando habla de la reglamentación que las leyes "objetivas," efectivamente imponen á un posible desorden de la naturaleza, y el idealista cuando supone una "diversidad sensible," capaz de coordinarse (es decir, que antes carece de orden) bajo la influencia coordinadora de nuestro entendimiento. Por esto sería conveniente analizar ante todo la idea de desorden como ausencia de orden; la filosofía la toma de la vida corriente, y es innegable que cuando hablamos corrientemente de desorden pensamos en algo. ¿En qué?

Veremos en el próximo capítulo lo difícil que es determinar el contenido de una idea negativa y las ilusiones á que se expone y las dificultades en que tropieza la filosofía por no haber acometido este trabajo y por aceptar como definitiva una manera de expresarse esencialmente provisional, y transportando al terreno de la especulación un procedimiento hecho para la práctica corriente. Tomo al azar un libro de mi biblioteca y lo vuelvo á colocar en su estante, después de echarle una ojeada, diciendo: "esto no son versos," ¿Es esto lo que he visto al hojear el libro? Evidentemente, no. No he visto, ni veré nunca, carencia de versos; he visto prosa. Pero como deseaba poesía, expreso lo que encuentro *en función de lo que busco*, y en lugar de decir "es prosa," digo "no son versos." A la inversa, si tengo el capricho de leer prosa y doy con un volumen de versos, exclamaré: "no es prosa,"; con lo cual tradu-

ciré los datos de mi percepción (que me muestra versos) en el lenguaje de mi atención y de lo que esperaba, que se habían fijado en la idea de prosa y no quieren oír hablar de otra cosa. Si me escuchara Mr. Jourdain (que se sorprendió al saber que hablaba siempre en prosa) inferiría de mi doble exclamación, que prosa y poesía son dos formas de lenguaje reservadas á los libros, y que estas formas sabias han sido sobrepuestas á un lenguaje en bruto que no era prosa ni verso. Hablando de esta cosa que no es verso ni prosa, se figuraría pensar en ella; sin embargo, no sería más que una pseudo-representación; yendo más lejos, se llegaría á crear un pseudo-problema con sólo que Mr. Jourdain preguntase á su profesor de filosofía cómo la forma-prosa y la forma-poesía se han añadido á (ó han derivado de) lo que no peséan una ni otra, y éste luego le diera la explicación de cómo de una simple materia habían dimanado las dos formas. Sin embargo, todo esto sería un absurdo debido á haber hipostasiado en abstracto común de prosa y poesía la negación simultánea de entrambas y á haber olvidado que la negación de la una consiste en la afirmación de la otra.

Ahora, supongamos que haya dos especies de orden, las dos contrarias pero de un mismo género, y supongamos que la idea de desorden surge en nuestro espíritu siempre que al buscar una de las dos especies de orden tropezamos con la otra. En tal caso, la idea de desor-

den tendrá un significado preciso en la práctica corriente de la vida; objetivará, para comodidad del lenguaje, la decepción del espíritu que tropieza con un orden distinto del que necesita, con el cual nada tiene que hacer por el momento, y que en este sentido para él no existe. Pero no se la podrá emplear teóricamente, y si pretendemos, á pesar de todo, introducirla en filosofía, con toda seguridad perderemos de vista su verdadero significado. La tal idea encerraba la ausencia de un orden determinado, sólo que *en provecho de otro* (del cual no tenía por qué ocuparse); pero como se aplica á uno y á otro sucesivamente, y hasta se va y se viene entre los dos, la cogemos en marcha, ó mejor, en el aire, como el volante entre las dos raquetas, y la tratamos como si representase, no ya la ausencia de uno á otro orden indiferentemente, sino como ausencia de los dos á la vez, cosa que no ha sido percibida por mí ni concebida, y que es una simple entidad verbal. Así ha nacido el problema de averiguar cómo el orden se ha impuesto al desorden (la forma á la materia); pero analizando la idea de desorden, utilizada como hemos visto, se ve que no representa absolutamente nada, y á la vez se desvanecen los problemas levantados á su alrededor.

Verdad es que para esto hay que empezar por distinguir y aun oponer dos especies de orden que de ordinario se confunden, con lo cual se crea las principales dificultades del co-

nocimiento. No es inútil insistir una vez más sobre los rasgos que distinguen á los dos órdenes.

De un modo general, la realidad está *ordenada* en la medida exacta con que satisface á nuestro pensamiento; de modo que el orden es un acuerdo entre el sujeto y el objeto; es el espíritu que se encuentra á sí mismo entre las cosas. Pero antes dijimos que el espíritu puede moverse en dos sentidos opuestos; unas veces sigue su dirección natural, y de ahí, progreso en forma de tensión, creación continua, actividad libre; otras, la invierte, inversión que, llevada hasta su extremo límite, conduciría á la extensión, á la necesaria determinación recíproca de los elementos exteriorizados entre sí, en una palabra, al mecanismo geométrico. Y ya sea que la experiencia nos parece que adopta la primera dirección, ó que se oriente en el sentido de la segunda, decimos en los dos casos que hay orden porque en los dos procesos el espíritu se encuentra á sí mismo. Natural es, por tanto, la confusión entre los dos; para librarnos de ella habría que dar á cada una de las dos especies de orden nombre distinto, lo cual no es fácil por la variedad y variabilidad de las formas que adoptan. El orden de la segunda especie podría definirse por la geometría, que es su límite extremo; de un modo general se trata de este orden siempre que se halla una relación de determinación necesaria entre causas y efectos; evoca ideas de inercia,

de pasividad y de automatismo. El orden de primer género indudablemente oscila alrededor de la finalidad; pero no se le puede definir con arreglo á ella porque tan pronto está encima como debajo; en sus más altas formas es más que finalidad, porque se podrá decir que una acción libre ó una obra de arte manifiestan un orden perfecto, y, sin embargo, no pueden ser expresadas en términos de ideas, sino después de producidas, y todavía aproximadamente. La vida en conjunto, considerada como evolución creadora, es algo análoga; es trascendente á la finalidad, si por ésta se entiende la realización de una idea concebida ó concebible de antemano; el cuadro de la finalidad es demasiado estrecho para la vida integral. Por el contrario, muchas veces es demasiado ancho para determinadas manifestaciones de la vida tomadas en particular. De todos modos siempre se trata de lo *vital*, y todo este libro tiende á establecer que lo vital se encuentra en la dirección de lo voluntario. Podríamos entonces decir que este primer género de orden es el de lo *vital* ó de lo *querido*, en oposición al segundo, que es el de lo *inerte* y de lo *automático*. Ya el sentido común distingue instintivamente las dos clases de orden, á lo menos en los casos extremos, y del mismo modo los aproxima. De los fenómenos astronómicos se dice que revelan un orden admirable, entendiendo por esto que se les puede prever matemáticamente, mientras que se halla un or-

den no menos admirable en una sinfonía de Beethoven que es pura genialidad, pura originalidad, y por tanto, pura imposibilidad de previsión.

Géneros y leyes. Pero sólo por excepción, el orden de la primera especie (*vital, querido*) reviste formas tan claras; generalmente se presenta con caracteres que hay interés en confundir con los de orden opuesto. Por ejemplo, es evidente que considerando en conjunto la evolución de la vida, se impondrían á nuestra atención la espontaneidad de su movimiento y la imposibilidad de previsión de sus actos; pero lo que hallamos en nuestra experiencia habitual es un ser viviente ó una manifestación especial de la vida, que á *poca diferencia* repiten formas y hechos ya conocidos; es más: la semejanza de estructura que doquier hallamos entre lo que engendra y lo engendrado, y que nos permite encerrar un número indefinido de individuos vivientes en un mismo grupo, es á nuestros ojos el tipo de lo genérico, pareciéndonos que los géneros inorgánicos toman á los vivos por modelo. Resulta así que el orden vital, como se nos ofrece en la experiencia que lo parte en fragmentos, presenta el mismo carácter que el orden físico y cumple la misma función; uno y otro orden

permiten que nuestra experiencia se repita y que nuestro espíritu *generalice*. Pero en realidad, este carácter tiene origen distinto y aun significado opuesto en los dos casos; en el segundo tiene por tipo (límite ideal) y también por fundamento, la necesidad geométrica, por la cual idénticos componentes dan idéntica resultante; en el primero presupone, en cambio, la intervención de algo que se arregla de modo de obtener idéntico efecto, aun en el caso de que sean diversas las causas elementales é infinitamente complejas. Sobre este último punto hemos insistido en el primer capítulo, cuando mostrábamos estructuras idénticas en líneas de evolución distintas. Pero sin ir tan lejos, cabe presumir que la sola reproducción del tipo del ascendiente por sus descendientes es cosa distinta de la repetición de una misma composición de fuerzas que se resumen en una resultante idéntica. Cuando se piensa en la infinidad de elementos y causas infinitesimales que concurren á la génesis de un ser vivo, y en que bastaría la ausencia ó desviación de uno no más de aquéllos para que todo se paralizara, el primer movimiento del espíritu es imaginar que todo un ejército de pequeños obreros está vigilado por un capataz entendido, el "principio vital," que á cada instante corrige las faltas cometidas ó el efecto de las distracciones y todo lo vuelve á su sitio, con lo cual se intenta traducir la diferencia que hay entre el orden físico y el vital, aquél haciendo que la

misma combinación de causas dé el mismo efecto de conjunto, éste asegurando la estabilidad de los efectos aun en los casos en que las causas "floten.". Pero esto no es más que una traducción, reflexionando sobre la cual se encuentra esto otro: que no hay capataz, porque no hay obreros. Causas y elementos descubiertos por el análisis físico-químico son, á no dudarlo, reales en los hechos de destrucción orgánica y son en número limitado. Pero los fenómenos vitales propiamente dichos (hechos de creación orgánica), en cuanto los analizamos, nos abren una perspectiva infinita de progresos, de donde cabe inferir que causas y elementos múltiples son vistas del espíritu que ensaya una imitación indefinidamente aproximada del obrar de la naturaleza, á pesar de que este obrar imitado es un acto indivisible. Por esto, la semejanza entre individuos de la misma especie debe tener un sentido y un origen distintos de la semejanza entre efectos complejos conseguidos por igual composición de iguales causas. Sólo que en uno y otro caso hay semejanza, y por consiguiente, posibilidad de generalización; y como esto es todo lo que en la práctica nos interesa, desde que nuestra vida diaria consiste por precisión en aguardar las mismas cosas y situaciones, era natural que este carácter común, esencial desde el punto de vista de nuestra acción, aproximase un orden al otro, pese á su diversidad interna, que sólo interesa á la especulación. De ahí la idea de un

orden general de la naturaleza, igual en todas partes, y cerniéndose sobre la vida á la vez que sobre la materia; de ahí nuestra costumbre de emplear la misma palabra y representar del mismo modo (prácticamente) la existencia de dos cosas tan diversas (especulativamente) como la *ley* en los dominios de la materia inerte y el *género* en los de la vida.

No parece dudoso que esta confusión se encuentre en el origen de la mayor parte de las dificultades sugeridas por el problema del conocimiento, tanto entre los antiguos como entre los modernos. Designadas por la misma palabra y dependiendo de la misma idea, la generalidad de las leyes y la de los géneros, era inevitable la confusión entre el orden geométrico y el vital. Según el punto de vista que se adoptaba, la generalidad de las leyes se explicaba por la de los géneros (característica del pensamiento antiguo) ó la de éstos por la de aquéllas (filosofía moderna). Pero en las dos filosofías, la idea de "generalidad," es equívoca, por confundir en su extensión y comprensión objetos y elementos incompatibles; las dos agrupan bajo un sólo concepto dos especies de orden que se parecen tan sólo por la facilidad que dan á nuestra acción sobre las cosas, es decir, que se junta á los dos términos por obra y gracia de una semejanza meramente exterior, que justifica, á no dudarlo, su designación por la misma palabra en la práctica, pero que no nos autoriza, en modo

alguno, á confundirlos (en el terreno especulativo) bajo la misma definición.

Efectivamente, los antiguos no se preguntaron por qué la naturaleza se somete á leyes, sino por qué se ordena con arreglo á géneros. La idea de género corresponde principalmente á una realidad objetiva en el terreno de la vida, en el cual traduce un hecho incontestable, la herencia; por otra parte, sólo caben géneros donde hay objetos individuales, si el ser *organizado* está cortado del conjunto de la materia por su organización (por la naturaleza) en cambio, á la materia *inerte* es nuestra percepción la que la corta en cuerpos distintos, guiada por los intereses de la acción y por las reacciones nacientes que nuestro cuerpo dibuja, es decir, como se ha demostrado ya (1) por los géneros virtuales que aspiran á constituirse, con lo cual, géneros é individuos se determinan unos á otros por una operación semi-artificial, relativa á nuestra acción futura sobre las cosas. A pesar de lo cual, los antiguos no vacilaron en poner todos los géneros en la misma fila y atribuirles igual existencia absoluta. Convirtiéndose así la realidad en un sistema de géneros, la generalidad de las leyes debía convertirse en generalidad de géneros, es decir, en generalidad expresiva del orden vital. Sería instructivo comparar á este res-

(1) «Matiere et Memoire», cap. III y IV.

pecto la teoría aristotélica de la caída de los cuerpos, con su explicación dada por Galileo. Aristóteles se preocupa únicamente de los conceptos de "alto," y "bajo," de "lugar propio," y "lugar prestado," de "movimiento natural," y "movimiento forzado," (1); la ley física, en virtud de la cual la piedra cae, expresa para él que la piedra va al "lugar natural," de todas las piedras, es decir, la tierra; la piedra, á sus ojos, no es propiamente piedra, mientras no está en su sitio normal; cayendo en éste, trata de completarse (como un ser vivo que crece) y así realizar plenamente la esencia del género "piedra," (2). Si esta concepción de la ley física fuese exacta, la ley ya no sería tan sólo una sencilla relación establecida por el espíritu, y la subdivisión de la materia en cuerpos tampoco sería ya relativa á nuestra facultad de percibir, sino que todos los cuerpos tendrían igual individualidad que los vivientes, y las leyes del universo físico expresarían relaciones de parentesco real entre géneros reales. Sabida es la física que salió de ahí, y cómo por haber creído en la posibilidad de la ciencia, una y definitiva que abarcara la totalidad de lo real y coincidiera con lo absoluto, los antiguos de-

(1) Véase en particular «Phys», IV-215 á 2; véase 230 b, 12; VIII-255 á 2; y De Coelo: IV-I-5; II-296 b 27; IV-308 á 34.

(2) De Coelo: IV-310 á 34.

bieron contentarse con una traducción más ó menos grosera de lo físico á lo vital.

Pero es que idéntica confusión reina entre los modernos, con la diferencia de la inversión de la relación de ambos términos, de que ya las leyes no se subordinan á los géneros, sino éstos á aquéllas, y de que la ciencia — que se sigue suponiendo una — resulta ahora relativa, en lugar de coincidir con lo absoluto, como querían los antiguos. Es un hecho notable el eclipse del problema de los géneros en la Filosofía moderna; nuestra actual teoría del conocimiento se basa casi exclusivamente en las leyes; los géneros allá se las compongan con las leyes como puedan. Se debe esto á que nuestra Filosofía arranca de los grandes descubrimientos astronómicos y físicos de los tiempos modernos; para ello, las leyes de Kepler y de Galileo han sido el tipo ideal y único de todo conocimiento. Ahora bien; ley es relación entre cosas ó entre hechos, y una ley de forma matemática expresa que cierta magnitud es función de una ó muchas otras variables convenientemente escogidas; todo esto, elección de magnitudes variables y repartición de la naturaleza en objetos y hechos, tiene ya algo de contingente y de convencional. Pero admitamos que la elección venga indicada, y, si se quiere, impuesta por la experiencia; la ley seguirá siendo relación, y ésta es esencialmente comparación; no tiene realidad objetiva más que para una inteligencia que se repre-

senta muchos términos á la vez. Puede la inteligencia no ser la mía ó la de otro en particular: puede, por tanto, hacerse con la ciencia de esas leyes, una ciencia objetiva que la experiencia contenía de antemano, y que simplemente le iremos extrayendo; pero aunque la comparación no la haga determinada persona y se efectúe impersonalmente, como siempre se referirá á leyes, es decir, á términos relacionados, cuando lá alcancemos, será después de haber debido atravesar una atmósfera de intelectualidad. Por esto, la idea de una ciencia y una experiencia relativas al entendimiento humano, está implícitamente contenida en el concepto de ciencia integral y una, compuesta de leyes; Kant no hizo más que desarrollarlo.

Pero este concepto proviene de una confusión arbitraria entre la generalidad de leyes y la de géneros; si se requiere una inteligencia para condicionar términos con relación unos á otros, concíbese que en ciertos casos los términos pueden existir independientemente; si al lado de las relaciones de término á término la experiencia nos presentara también términos independientes, siendo los géneros vivos cosa distinta de los sistemas de leyes, la mitad al menos de nuestro conocer recaería sobre la "cosa en sí,, sobre la realidad misma, conocimiento difícil, porque no construiría su objeto, sino que debería sufrir su imposición; pero por poco que lo tocara, resultaría haber mordido en el

absoluto. Yendo más lejos, la otra mitad del conocimiento no sería tan definitiva y radicalmente relativa como suponen algunos filósofos, si pudiera llegar á establecerse que abarca una realidad de orden inverso, que expresamos siempre por medio de leyes matemáticas, es decir, por relaciones que implican comparaciones, pero que se presta á este trabajo sólo por el lastre que tiene de espacialidad, y por tanto, de geometría. De todos modos, lo que hay detrás del relativismo de los modernos, como lo había por debajo del dogmatismo de los antiguos, es confusión de las dos especies de orden. Hemos indicado algo sobre el origen de esta confusión; consiste en que el orden "vital", que esencialmente es creación, no tanto se nos manifiesta en su esencia como en algunos de sus accidentes, los cuales *imitan* el orden físico y geométrico, y, como éste, nos ofrecen repeticiones que hacen posible la generalización; es todo lo que nos importa. No es dudoso que la vida en conjunto es evolución, es decir, transformación incesante; pero la vida sólo puede progresar por intermedio de los seres vivos, que son sus depositarios; es necesario que millares y millares de ellos, á poca diferencia semejantes, se repitan en el espacio y en el tiempo, para que crezca y madure la novedad que elaboran. Comparación. un libro que se encaminase á una refundición al través de miles de ediciones de miles de ejemplares, con la diferencia de que las edi-

ciones serían idénticas, como los ejemplares simultáneos de la misma edición, mientras que los representantes de una misma especie no se parecen del todo, ni en los diversos puntos del espacio, ni en los diversos momentos del tiempo. La herencia no transmite solamente caracteres, sino también el impulso por el cual los caracteres se modifican, impulso que es la vitalidad misma. Por esto decimos que la repetición que sirve de base á nuestras generalizaciones, es esencial en el orden físico y accidental en el vital; aquél es orden "automático"; éste no diré que sea voluntario, pero sí análogo al orden "querido".

En cuanto queda establecida claramente la distinción entre orden "querido", y orden "automático", se disipa lo equivoco de la idea de desorden y con ello una de las mayores dificultades de la teoría del conocimiento.

El desorden y los dos órdenes. Efectivamente, el problema capital de dicha teoría es saber cómo la ciencia es posible; es decir, por qué hay orden y no desorden en las cosas. Que el orden existe es un hecho; pero el desorden, que *nos parece un poco menos que el orden*, parece que también debe existir, por lo menos en derecho. La existencia del orden viene así á ser un